

EL CHOLO

A ver si poniéndose uno en su lugar acabamos de una vez con los prejuicios sin sentido.

Son las seis de la mañana y el bar aún no abre. Tú esperas solo en la puerta y ya impaciente, sacas el tabaco junto con algunas hojillas del bolsillo de tu camisa y comienzas a armar. Lo haces con profesional gracia, como un maestro. Apenas con dos dedos consigues finalizar tu obra de arte para luego encenderla con el último fósforo que queda en la caja. Fumas un rato y entre tanto, observas a una muchacha que cruza la calle. Es bella. Su pollera llega a las rodillas y sacude rítmicamente, péndulo de recuerdos, con los pasos. Tu mirada viaja despacio por la joven silueta; sin embargo, en tus ojos no hay lujuria ni deseo. En ellos solo hay nostalgia. Sorprendido por el parecido con tu hija menor, te ves forzado a derramar furtivamente una lagrima. “Hace años que no sabés nada de ella”, piensas, y a partir de esa dura reflexión el inquieto hilo de la mente comienza a tejer una inmensa red de recuerdos en la que acometen sin lástima tu antigua familia, el armado colectivo del árbol en navidad, un nieto al que nunca pudiste ver. “El nietito”, pronuncias quedamente y apurado secas tus ojos con la manga mugrienta de tu camisa; el bar comienza a abrir.

Como siendo consciente de tu estado anímico la estera de metal asciende lentamente otorgándote el derecho a no mostrarte, a borrar en calma y con tiempo las huellas que el recuerdo ha marcado en tu rostro. Ya al abrir completamente tu porte no revela el menor rastro de sufrimiento. También en ocultar tu dolor fuiste siempre un maestro. Nunca nadie te ha visto llorar, siempre logras secar las lágrimas de tus ojos en el momento apropiado, o en su defecto las disimulas a la perfección. El dueño del bar te observa displicente y te pregunta:

-¿Qué querés acá?

-Una botellita de vino nomás -respondes con tu voz siempre insegura -. Mire que tengo dinero.

-¿Medio litro?

Asientes con la cabeza.

-Bueno. Dame la plata primero. Yo se como son ustedes.

Tomas los siete pesos que tienes y los dejas caer en la mano del hombre. Éste entra y llena una botella de tres cuartos con un vino que tiene preparado especialmente para los mendigos, uno de muy mala calidad al cual se ha tomado el trabajo de cortar con agua. Camina nuevamente hacia ti y te da el vino diciendo:

-Tomá, un cuarto va de yapa. Chau.

-Gracias. Está agradable el tiempo, ¿vivo? -dices necesitado de alguien con quien conversar.

-Dije chau -se obstina el hombre con violencia.

Te retiras sin responder, ya resignado a ser tratado como basura; “no sé de qué se queja, tiene toda la basura que pueda necesitar un ser humano”, algún irónico ha dejado caer a tu lado sin la menor consideración, una tarde en que pedías dinero en una avenida del centro de la ciudad. Recuerdas esto y continuas llorando en la oscuridad de la mañana, pero ahora con un vinito en la mano para alivianar el dolor. Tu caminar es lento y casi no levantas los pies, chancleteando unos zapatos sin suela que una vez te regaló una mujer con aires de altruismo.

Tienes hambre. Bebes un trago de vino, caminas un par de cuadras y tomas asiento en el escalón de la panadería situada en una calle paralela a la del bar, allí donde a veces te dan algunos bizcochos. El sol se asoma ya y los rojizos tonos de las nubes te alegran un poco. A pesar de ser julio hace bastante calor.

- Don Cholo –te dice una voz femenina detrás de ti. Tú giras la cabeza sorprendido y ves a la panadera que, acercándose una bolsa con pan prosigue: -tenga, sírvase que debe tener hambre.

-Muchas gracias mijita –dices por un puro instinto mecánico.

-¿Y usted cómo anda? –te pregunta la joven juntando las manos y agachándose para estar frente a ti.

-Yo bien, qué quiere que le diga. Yo soy un viejo borracho nomás, y que una persona joven y bella como usted...

-Ah don Cholo, siempre tan caballero –sonríe-. No diga eso, le daría más si pudiera.

-No, no. Así está bien. Quédese tranquila que con esto me alcanza y me sobra. En serio. Yo un día tuve familia. ¿Sabe?. Tuve una hija...

-¿Pero cómo que tuvo?. ¿Falleció?.

-No, está viva. Hace un rato creo que la vi. Pero no era.

-¡Mariela! –grita el dueño de la panadería-. ¡Dejáte de buenas acciones y vení a trabajar!.

La joven resopla enojada y te dice:

-Disculpe, tengo que ir. Él es el que manda.

-Vaya mijita, trabajo es salud dicen.

-Dicen. Adiós, que tenga suerte.

Haces un gesto de saludo y bebes otro trago de vino. Tomas un pan de la bolsa y lo comes despacio, luego te incorporas y caminas errante para hacer tiempo; a las doce servirán guiso en el comedor comunal. El día anterior una madre con dos hijos pasaba por ahí, no tenía donde comer y tú, siempre amable, le cediste tu plato. Por esto hace ya casi un día que no te alimentas.

Estas deprimido: “esto no vale la pena”, reflexionas con esa falsa lógica que acompaña los momentos de confusión. La angustia te invade por completo, sojuzga todos tus pensamientos, te domina como a un muñeco y, al pasar un camión, tienes el peor de los impulsos: quieres arrojarte bajo las ruedas, y así escapar de toda infelicidad. No lo haces, no te alcanza el valor. Con el rostro empapado continúas caminando sin rumbo, un poco borracho y perdido. Tiras la botella vacía y cruzas la calle. A dos pasos del cordón de la vereda escuchas un estruendoso bocinazo que te paraliza, y antes de poder reaccionar un auto te eleva por el aire. El conductor frena, baja del vehículo y va a ver. Te encuentra tendido en el pavimento, se agacha y toma tu pulso. Vuelve, se sienta al volante y su compañera le pregunta:

-¿Qué pasó?. ¿Está bien?.

El hombre la mira, enciende un cigarrillo y responde:

-No, está muerto. Pero es un mendigo, no es nada grave. Solo tenemos que irnos rápido.

-Te dije que no tomaras tanta cerveza, que tenías que manejar. ¿Mirá si era una persona?. Te dije y tomaste igual. ¿Y si alguien nos vio?.

-No nos vio nadie, no seas neurótica. Vamos.

Él arranca el auto y se marchan asustados. Sé que nunca los habrías hecho culpables, Cholo. Sé que fuiste tan buen hombre que nunca juzgaste las malas actitudes de los demás por no ver las tuyas, tragándote tu sal y tus dolores a escondidas del mundo.